

dra, cogió el caballo y se lo vendió a unos gitanos con la condición de que no lo vendieran hasta pasados tres días.

Con una mula prestada del posadero vino a ver a D. Juan, que le dijo:

—¡El caballo es mi ojo derecho! ¡Ya estás en el Tomelloso con un criado a comprar el caballo otra vez!

Vueltos al Tomelloso, los gitanos exigieron 100 pesetas más para devolver el caballo y en eso quedó.

En la tartana habían ido con Calero, Ulpiano, Gabriel Mata, Regino el Panadero, Quintanilla el Barbero y Vaquero el Zapatero, total nada.

Un año se comieron la matanza de Calero. La mujer se lamentaba y él decía:

—¡No te apures Dolores, que menudas habichuelas puedes poner con tantos huesos!

Una hermana de Calero fue la primera mujer de Daniel el del Agua. Daniel era un poco roñoso y estaba malo. Fue a verlo Calero y le preguntó qué había comido.

—¡Ahora mismo te mandaré una gallina!

Salió y le mandó dos, muertas, para que comiera.

Después Daniel decía que así bien podía, porque las gallinas eran del corral de Daniel, que por no matarlas no se cuidaba.

Calero fue terrible, pues las hizo gordas, muy gordas y sus trastadas no desmerecieron nunca de los otros notables de la Villa, que no escaseaban. ¡Qué vida aquella, tan sana y maravillosa; qué satisfacción y qué confianza! ¡Y qué mujeres, qué conformidad y qué resignación para todo! ¡Y cuántos trabajos, cuántas privaciones y cuántos desvelos para criar tantos hijos y seguirle al hombre la corriente! ¡Cuánta sería su fortaleza, cuánto el sentir de su obligación y, a veces, el cariño de lo que se decía, con entera exactitud, su adorado tormento!



SUCEDIDO

Cuando el Manco el panadero, el padre de Simón, era joven, en su época de zapatero, vivía en la Placeta de la Bolsa. Su nombre, ya se sabe, era Francisco Marcos de León y enfrente estaba el abuelo materno de Anacleto Lizcano Marcos de León, que también se llamaba Francisco.

Fueron a buscar al Manco para organizar una estudiantina por la Pascua, dieron con él y le preguntaron por Francisco Marcos de León, y les dijo, contestándoles, que vivía enfrente.

Los del recado se fueron a la otra casa y también dieron con el interesado, que dijo ser él, pero los otros le contestaron que no podía ser porque ellos buscaban a un muchacho joven y él era viejo. El hombre los mandó otra vez al primero y al preguntarle contestó:

—Sí, yo soy, es que no había caído, porque como a mí me dicen el Manco.....